

Fuesa del Común

I

La luz del sol me ha castigado la vista, pero aun cuando no vea bien, recuerdo perfectamente ese olor a las hierbas y flores que antecedian a la primavera, que hace tiempo me acogió en Huesa tan profundamente. Este aire es la misma sustancia de mi memoria, como si gran parte de mí fuese uno con el olor que emanaban los pocos corrales, con sus conejos, gallinas y alguna oveja, que han dejado marcado su hálito... Aunque quizá, ya, ni siquiera estén allí.

Desde las proximidades del cementerio veo con alarma que faltan bastantes muros del castillo...

Destejo el último camino que hilé en Huesa, tras los recodos de varias calles, amparado por un viento que me anima desde Cortes.

Huesa está cambiada, al menos en el flanco de los pajares y pequeños corrales, que recordaba como el menos lucido. El efecto combinado de limpieza y silencio en las calles es casi doloroso, me alerta... y clama a emboscadas que viví. Me causa pavor ver que se ha revestido de un duro suelo el solar que un día hollé. Me da claustrofobia -casi se me suelta el vientre de pavor- el verme acorralado en un suelo donde no te puedes tirar e intentar protegerte, enfangándote en la humedad de algún socavón...

Apenas reconozco en la plaza el ayuntamiento, y escasamente lo que atisbo de su interior, a pesar de la fuerza con que se me grabó aquel lugar, donde pisé sangre por primera vez.

- *No te preocupes, no es tuya* – me espetó por entonces el médico, tratándome con un gesto blanco, tanto de pardillo barbilampiño, como de paciente por vez primera.

Aprovecho que la puerta no cierra bien para volver a entrar al patín. La casona está callada, y no se oye ningún roce de metales provenientes de la celda que una vez usé... Me atrevo a entrar por ver la llave en la puerta amenazadora y tener el control del gran cerrojo... Una blancura como de loza metálica y olor a humanidad hieren tanto mis recuerdos que cierro la puerta de un golpe. Éste alarma a alguien en el exterior... ¡Una persona, al fin alguien...!

¿Tendré otra oportunidad de preguntar quién es el dueño del pueblo hoy?

II

La primera vez que llegué a Huesa... Las casas me olían a azafrán y fruta, a jamón, a humo y a granero. De las personas... solo reparaba en las que, como yo, estaban en el verano de la vida, en las que te recibían con miradas de curiosidad, o a veces, por un instante, con un destello de fuego, que te encendía, aunque se convirtieran al momento en vergüenza o disimulo.

Cuando fui herido en las trincheras de Rudilla me bajaron a curar al patín de Huesa. En cuanto pude andar, aunque con paso algo arrugado, no dudé, la busqué, para terminar de encender el pabito de aquel contacto sutil. Mi impaciencia curaba la fiebre y las cicatrices más que los ungüentos. Y nuestras existencias pasaron a ser una en cuestión de días, por pura afinidad. Por fin palpé el amor en Huesa, recorrí en su cálido hogar valles hermosos y pasillos estrechos y viví feliz en sus estancias más cerradas.

Era solo el principio de algo grande; ambos hacíamos planes..., porque siempre deseamos que las guerras sean cortas.

Pero ésta terminó para nosotros antes de lo que queríamos, un día de marzo que amaneció con ecos en las montañas de sonidos brutos y sordos. Eran algo imprecisos pero conocidos para mí y mis amigos que guardábamos las trincheras. Pronto se fue acercando aquel inmenso cañoneo desde la sierra, que nos sobrepasaría como una alfombra voladora... llenando de incertidumbre nuestra habitación, nuestras caricias y con miedo a volver a nuestra vida anterior.

Dejé atrás y más segura a mi único amor en Huesa, que se quedó tras la puerta haciendo calceta, en un intento de aparentar inocencia y normalidad, a pesar de sus ojos de insomnio y ansiedad.

- *¡Quédate aquí, estarás más segura!* - fue mi improvisada despedida. Ella supo que no sonaba suficientemente sincera.

- *¿Y tú?*

Le di un largo beso en su fértil vientre, donde sabíamos que crecía el fruto de nuestra reciente pasión. Hasta el vello de su piel anticipaba una desgracia. Le tomé el pañuelo para tenerlo cerca de mí y abandoné mi pobre barricada de muebles caseros y vida hogareña. Me lancé tambaleante contra la pared cuando escuché hablar de cerca en italiano. Intenté alejarme de ella para no comprometerla, ante los nuevos dueños de la situación en el pueblo.

Las balas y bayonetas de los italianos guardaban ya algunos cruces de las calles. Conocía las callejas y los corrales, cada pilar y recoveco, quise ganar los campos y el monte... Algún disparo sonó tras de mí entre las escaramuzas de las últimas calles. Pero ya fuera de Huesa mi pierna derecha aún no me respondía al segundo, como antes. Y durante alguno de mis

insignificantes pasos, mal dados, una bala de mármol italiano me acercó, entre temblores, al suelo.

III

He pasado por su casa. No hay nadie que sea pariente. El mundo, para mí, está vacío, aunque esté adornado de nuevas flores.

Recojo cuanto he visto en la mochila de mis recuerdos y aprovechando un cambio de viento serrano, regreso de nuevo hacia el cementerio...

Sobrevuelo a la comitiva que me ha sacado. En mal momento me han exhumado. Me gustaba más vivir en mi fuesa común, donde quizá ella y nuestro fruto estaban a mi lado.